



El Reino de Dios

El sueño de Jesús: El Reino

Jesús quiere construir el Reino de Dios; que el amor, la justicia, la verdad y la paz se instalen en nuestra sociedad. El Reino es una nueva realidad que irrumpe en nuestra tierra, no de una manera espectacular o fascinante, sino de manera progresiva, al ritmo del esfuerzo de los hombres.

Pero el Reino se identifica con Jesús mismo, ya que en él se da en su plenitud. La conversión al Reino se concreta, por tanto, en el seguimiento a Jesús, en comulgar con su vida, su causa y su destino. Jesús es el camino único, el modelo al que todo creyente debe referirse para construir su utopía. «... Os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho» (Jn. 13, 15). «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie se acerca al Padre sino por mí» (Jn. 14, 6). «Entre vosotros tener la misma actitud de Cristo Jesús» (Fil. 2, 5). «Igual que es santo el que os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta ... » (I Pedro 1, 15-16). «De hecho, a eso os llamaron, porque también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos un modelo para sigáis sus huellas» (I Pedro 1, 21 22). «Quien habla de estar con Dios tiene que proceder como procedió Jesús» (I Jn. 2, 6).

La misión del cristiano, por tanto, será construir el Reino desde Jesús, seguir a Jesús, hacer suyos sus sentimientos y actitudes, en estilo de vida. Construir el Reino y seguimiento de Jesús van íntimamente ligados. Como dice Leonardo Boff, seguir a Jesús es «pro-seguir su obra, per-seguir su causa y con-seguir su plenitud».

Proceso en la construcción del Reino

1. Cambiar el rumbo de nuestra vida.
2. Transformar nuestro entorno.
3. La Iglesia germen del Reino.

1. Cambiar el rumbo de nuestra vida

«Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos... Entonces llegará la salvación de Dios y la contemplará todo mortal».

Una de las ideas centrales de la predicación de Jesús es la conversión, el cambio de rumbo para iniciar un nuevo camino.

¿QUE ES CONVERTIRSE?

a) Es un cambio interior

En la Biblia la palabra conversión significa «volver, corregir el rumbo», o sea cambiar sinceramente.

No se trata de un cambio aparente, de un retoque interior, sino de un corte en la vida, de un llegar hasta el fondo mismo de nuestras intenciones, aún las más secretas, para decidir allí una forma distinta de vivir.

No es una tarea de un día ni de un año: es más bien la tarea constante y permanente del hombre. Es una actitud constante de ir descubriendo el camino del Señor a través de las muchas circunstancias de la vida.

Hay que hacer una revolución si queremos establecer la nueva humanidad anunciada por Jesús. Todos estamos convencidos que nuestra sociedad y su estilo de vida deben ser suplantados por otra sociedad y otro estilo, pero ello pasa también por el cambio interior de quienes hacemos la sociedad.

b) Es reconocer que estamos desviados

No podemos cambiar si creemos que no tenemos nada que modificar. Por tanto, la primera condición para ese cambio o conversión es el reconocimiento de nuestros errores, de nuestros fracasos, de nuestro egoísmo. Cuando una persona es capaz de decir: «Yo estoy mal, mi vida no funciona, hay algo en mí que no camina», y pone el acento en ese «yo» que necesita el cambio, entonces sí que está en el camino del Señor. Para cambiar tengo que mirar la parte mía que debe ser modificada para que las cosas cambien.

Este desvío o estar mal la Biblia lo llama «pecado», a pesar de que esta palabra por haber sido mal interpretada -generalmente relacionada con prohibiciones y normas generalmente de carácter sexual- hoy a mucha gente no le dice nada y hasta le produce cierta repugnancia. Entre los hebreos «pecar» significa literalmente «errar el blanco, perder el rumbo, desviarse», y alude muy bien a esa situación por la que pasamos tantas veces en nuestra vida.

«No puedo cambiar» es lo que jamás puede decir un hombre, porque sí es cierto que el ser humano puede modificar sus propias situaciones.

Aceptar el cambio que Dios nos propone significa recobrar la dignidad perdida, nacer de nuevo, ser persona, crecer en humanidad, la salvación de Dios llega a nosotros, el Reino de Dios se abre camino en nosotros.

c) ¿Qué hacer?

«La gente le preguntaba: ¿Qué debemos hacer? El les contestaba:

El que tenga dos capas, dé al que no tiene, y quien tenga qué comer, haga lo mismo» (Lc. 3, 10-12).

La conversión, si es sincera, supone hacer algo nuevo y distinto. Es hacer lo cotidiano desde el nuevo estilo vivido por Jesús. «¿Qué debemos hacer» nosotros; no los de al lado. La conversión que proclama el evangelio no es un inocente propósito de enmienda, sino una profunda transformación personal.

2. Transformar nuestro entorno

El Reino de Dios no es sólo una realidad interior o personal, tiene una proyección social, supone una transformación de nuestro entorno. Es una llamada urgente a configurar la humanidad nueva en ruptura con todo lo viejo que ha quedado solidificado en nuestra sociedad.

Construir el Reino, ser solidario con la causa de Jesús, supone, por tanto, asumir su proyecto de liberación, que ha de traducirse en la lucha solidaria con los pobres y contra las causas que generan toda pobreza (Lc. 4, 16-24; Lc. 6, 20-26; Mt. 11, 2-6; Mt. 11, 25-26; Mt. 25, 31-46).

Así planteadas las cosas, la opción por los pobres y su causa ha de concretarse en la colaboración activa con organizaciones que trabajen en favor de la justicia y de la liberación anunciada e iniciada en Jesús. Es la única forma de ser eficaces y lograr una transformación de nuestro entorno.

Dos cualidades han de estar presentes en nuestro trabajo organizado: La ESPERANZA que informa y dinamiza nuestro seguimiento, asumiendo las dificultades y obstáculos que se presenten, y la CONTEMPLACION, que nos hace constantemente descubrir que, desde el compromiso con los pobres y la justicia, estamos impulsando la causa de Jesús, el único programa con futuro para la humanidad.

3. La Iglesia germen del Reino

La misión de la Iglesia es el anuncio y establecimiento del Reino de Dios. Como continuadores de la misión de Jesús, la misión de la Iglesia no puede ser otra, pero ella es a su vez en la tierra «el germen y principio de ese Reino».

«Habiendo resucitado Jesús, después de morir en la cruz por los hombres, apareció constituido para siempre como Señor, y derramó en sus discípulos el Espíritu prometido por el Padre. Por eso, la Iglesia (...) recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de todas las gentes, y constituye en la tierra el germen y principio de ese Reino» (Lumen Gentium. Concilio Vat. 11).

La Iglesia sólo puede realizar su misión desde el fiel seguimiento de Jesús.

«Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia tentado por los ídolos, necesita saber proclamar «las grandezas de Dios», que le han convertido al Señor, y ser nuevamente convocado y reunido por El. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el evangelio» (Evangelii Nuntiandi. Pablo VI).

Ello se concreta en una Iglesia:

- Al servicio del Reino.
- Pobre al servicio de los pobres.
- Desvinculada de toda manifestación de poder que se impone y oprime.
- Que potencia al máximo las cotas de participación activa de todos los creyentes, facilitando el ejercicio de la corresponsabilidad a todos los niveles.

- Proféticamente libre de miedos y prudencias, capaz de ejercer con su vida una función liberadora en la sociedad.
- Misionera, que se siente enviada a anunciar la Buena Noticia, con los signos y palabras de Jesús.

